

fronteras capitales

Soberbia/humildad.

La soberbia realmente existente

Sergio González Rodríguez

¿Qué es la soberbia, qué la humildad? La oscilación entre la soberbia y la humildad parece representar el precedente cultural del conflicto entre la libertad y la necesidad, que ejemplificaría el mito griego de Prometeo, quien roba el fuego del cielo y lo dona a los hombres.

Para el pensamiento judeo-cristiano que registra la Biblia, Lucifer se rebela contra Dios y cae por orgullo, falta equiparable a la desmesura que sancionaban los griegos.

El puente que une el mundo antiguo con los tiempos modernos mantendrá aquella vigencia en el ámbito de la moral y de la política porque, como Maquiavelo apunta en *El Príncipe*, la conquista de los principados civiles requiere ni por entero virtud, ni por entero fortuna, sino más bien una "astucia afortunada".

La soberbia que se desdobra en humildad aludiría a uno de los grandes temas del pensamiento práctico. Por sí solas, cada una de tales características de la personalidad enfrentan límites inmediatos. Si se actúa con soberbia, se nubla la razón. A su vez, si la humildad se posesiona del ánimo, se escapan las acciones de mayor importancia en la vida.

La solución a este acertijo podría ser la movilidad en torno de ambos extremos, algo distinto desde luego al "justo medio", que sería el punto de equilibrio que otorga lo mismo la sabiduría que la felicidad. El trance entre Aristóteles y Ernst Jünger, que afirma: la felicidad no se lleva con los extremos. Sería más bien una actitud dinámica que, de acuerdo con el distingo de cada situación, llevaría a predisponerse a una alternancia vigilante entre la soberbia y la humildad.

Esto indicaría algo diferente a su vez del moderno pragmatismo que tiende a ubicar los hechos y las oportunidades con el fin de aprovecharse de ellos. En otras palabras, el impulso fetichista ante la eficacia.

La aptitud de distinguir y la tarea de oscilación impone otros criterios. ¿Cuál sería la fuente de la fuerza que permitirá la oscilación?

En primer lugar, podría pensarse que la clemencia, ante sí mismo y ante los otros. Enseguida, queda claro que se trata de un valor más amplio que incluye a aquélla: la comprensión que, desde San Agustín, como se sabe, implica el afecto, el amor, el don del desprendimiento en función de un fin superior que conduzca al diálogo entre los extremos y la fortaleza que se desdobra en atención al otro que habita en uno mismo.

Con todo, ¿cómo hablar de soberbia y humildad en un mundo que ha perdido cualquier sentido de oscilación a favor de lo superior y que, más allá de cualquier precepto moral, o del antiguo catecismo en torno de los siete pecados capitales, se entrega a la práctica de la prepotencia en un mundo que divide en dos a las personas, los soberbios que mandan con el poder económico y político en la mano, y el resto de las personas?

Queda claro que ahora, por mucho que pueda preocuparnos el conservadurismo de ultraderecha, el tema de la soberbia y la imposible humildad en tiempos que llaman a lo contrario—bajo el vértigo de los valores del espectáculo y el protagonismo de la vida pública en sondeos y encuestas de opinión, o de reduccionismo de la vida política a la idolatría del voto—, debe enfocarse a sus manifestaciones patentes: el ejercicio del poder, la burocracia electoral y partidaria, o las jerarquías del mercado, los medios masivos de comunicación, las iglesias y la academia.

Si existe un asunto digno de ser escrutado en esta época de poscristianismo, que muy poco tiene que ver con los mandatos del confesionario, sería la aparición profana y expansiva del orgullo de clase y sus conductas y modales despectivos respecto de quienes no pertenecen a los estratos dirigentes.

El éxito de la ideología procedimental, que ha hecho de la política una campaña de aliento dogmático que cree que basta con imponer reglas a todo para mejorar el mundo, condujo a la situación actual en la que basta ser funcionario(a) o gerente y sus equivalencias, para adquirir un estatuto superior por encima de la ciudadanía, y permitirse cualquier clase de excesos totalitaristas, si no totalitarios, que se imponen no sólo en la esfera pública, sino en la vida privada, o se expanden en lo colectivo en demérito de lo personal.

Pocos ejemplos de la soberbia sin el contrapeso de la humildad contemporánea hay que se igualen con la fantasía del llamado “liderazgo” de algunas personas, incluso el de la “opinión” pública, la vanagloria de ser

“dirigentes” más allá de las tareas que atañen al ámbito estricto de la burocracia o de las bondades que otorga la desigualdad social e histórica en el momento que ha tocado vivir.

Si se midieran los avances reales de las sociedades con la calidad del “liderazgo” que las conduce, resaltaría el contraste de semejante delirio: nunca se han visto en peor situación las personas que cuando sus dirigentes presumían, propugnaban o reproducían un alto liderazgo.

Habría que recordar a Santo Tomás cuando afirma que “un vicio capital es aquel que tiene un fin excesivamente deseable de manera tal que, en su deseo, un hombre comete muchos pecados, todos los cuales son originados en aquel vicio como su fuente principal”. Hoy por hoy, el emblema superior de la soberbia sería el delirio de ser líder, o enseñar a serlo, algo que lleva por excelencia el olvido de cualquier rasgo de humildad generosa ●